

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 15

LA LEY DEL REVOLVER

15 cts.



—¡Podría aplastarte el cráneo, malvado!

LA LEY DEL REVOLVER

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cinesa», Via Layetana, 53, -Barcelona)

I

SOMRIENTE y gozoso, el arrogante *cow-boy* pensaba en la grata sorpresa que su inesperada visita le proporcionaría a su tío Blas, el tendero más rico de la población que, en cada una de las carifosas cartas que le escribía, le invitaba a hacer un viaje, abandonando la lejana comarca donde ejercía la profesión de vaquero, y pasar unos días a su lado.

Gabriel Mason, que así se llamaba nuestro personaje, era lo que se llama un buen mozo. A su elevada estatura y bien proporcionada y atlética figura, unía un rostro indistintamente guapo.

Su viejo pariente, que ya frisaba en los sesenta, había deseado iniciarlo en su profesión y dejarlo al frente de su establecimiento, retirándose él a un rincón apacible y tranquilo, a gozar con sosiego una vida exenta de cuidados e inquietudes, merced a los ahorros hechos en años y años de perseverante y tenaz trabajo. Pero los gustos y las inclinaciones del *cow-boy* no estaban de acuerdo con los anhelos de su tío.

Si le hubiesen ofrecido todas las riquezas del mundo a cambio de renunciar a la existencia ruda, sana y azarosa propia de los hombres del Oeste, las habría rechazado sin vacilar.

No existía para él nada compara-

ble a perseguir y cazar un potro salvaje, cabalgarlo luego como un centauro y domarlo...

Gabriel no imaginaba, mientras se acercaba con firme y airoso andar al acreditado establecimiento de su tío, que no sería éste, sino él, quien recibiría una sorpresa.

Mejor dicho, el destino tuvo el capricho, aquella mañana, de forjar un eslabón de la cadena de la vida de dos seres, sin que tomase parte en esa tarea la voluntad humana.

Porque ni a la seductora y hechicera Clara no se le hubiese ocurrido, el día anterior, abandonar el rancho de que era propietaria para emprender el viaje a la población donde residía el hermano de su difunto padre, o sea su tío Blas, probablemente habría ignorado en el resto de su vida que un primo suyo tenía una figura de hombre tan varonil y poderosa, al mismo tiempo que simpática, capaz de gustar a la mujer más exigente y descontentadiza.

Se hallaba en la amplia tienda la hermosa viajera cuando penetró en ella el guapo *cow-boy*, y uno de los dependientes le preguntó qué deseaba.

—Ver al dueño del establecimiento.

—Ha salido de viaje no hace una hora y no regresará hasta la noche.

Pero si usted trae algún recado importante, puede comunicárselo a esa señorita...

Volvió la cabeza Gabriel en la dirección que le mostraba la mano del dependiente y entonces vieron sus ojos la cara de mujer más candorosa y divina que habían admirado en su vida.

Apresurámonos a decir que bajo el cielo del Oeste son muy raras las mujeres que suelen contemplar y admirar los ojos de un *cow-boy*.

Bromista y alegre, con esa sincera, loal y hermosa alegría de la juventud y de los corazones nobles, Gabriel preguntó:

—¿Y quién es esa señorita?

—La sobrina del dueño!

Los grandes y obscuros ojos del *cow-boy* expresaron un júbilo asombroso y se dijo para sus adentros:

—Jamás habría imaginado que existiese en la tierra una criatura tan bella y adorable que fuese pariente de un rudo y tosco *cow-boy*!

«Es extraño que mi tío Blas no me haya hablado nunca en sus cartas de esta hechicera muñeca!

Luego acercóse a la bellísima muchacha que lo examinaba con curiosidad y comenzó a decirle:

—Traigo un recado para el señor Mason!

—Si tiene usted la bondad de enterarme de en qué consiste ese recado, yo se lo transmitiré a mi buen tío. Pero, trágame el favor de sentarse...

—Sí, sí, me sentaré... ¿Cómo rechazar el placer de ocupar un asiento a su lado? ¡Me parecerá estar un rato en el paraíso!

Clara sonrió y repuso:

—Ignoraba que usted, los *cow-boys*, fuesen tan galantes...

—No imaginaba usted acaso a los hombres del Oeste una especie de demonios con rabo y pezuñas, señorita?

—Eso tampoco, pues que yo también vivo en el Oeste...

—¡Usted... usted... una mujer de mi tierra!

—Sí. ¿qué tiene ello de asombroso?

—Nada, porque, la verdad sea dicha, desde hace unos instantes estoy recibiendo sorpresa tras sorpresa, a cual más agradable...

«¡Y bendita sea la hora en que se me ocurrió venir aquí!

«¡Le parece inmenso y exagerado mi lenguaje, hermosísima señorita?

—¡Por lo menos creo que es usted un bromista! Pero yo le ruego que, contrariando esa afición, me entere del objeto de su visita.

—¿Le causa y enoja mi conversación?

—¡No, por cierto!

—Entonces, charlemos, pues le aseguro que hemos de quedar buenos amigos... ¡Tenemos tantas cosas que decirnos!

—¿Nosotros?

—Sí, sí, nosotros... ¡Quién ha de ser? ¡Usted supone hablar con un extraño, verdad?

—Naturalmente; hoy le he visto por primera vez...

—¿Y eso qué tiene que ver? Ha de saber usted, pues, señorita, que el hombre que la está hablando y mirando, admirando y adorándola, es primo suyo...

«Me llamo Gabriel Mason... y a usted y a mí, por consiguiente, sea un cierto parentesco, por ahora... Más adelante, podría unirme un lazo más fuerte...

Teñidas sus hermosas mejillas de vivo carmín, Clara soltó una alegre carcajada.

—¿Cree que son falsas mis palabras?

—No; ¿por qué ha de creer semejante cosa? Lo que suscita mi alegría es la sorpresa de la noticia que me da usted... ¡Somos parientes!

—¡Sí, se lo juro por lo que más respeto en este mundo! — dijo el guapo *cow-boy* con formal acento.

—¿Podamos estrecharnos las manos?

—[Ya lo creo! Cordialmente!—respondió Clara alargando su delicada y blanca mano que Gabriel retuvo en su vigorosa diestra, diciendo:

—[Estas dos manos, ahora juntas, en amistoso y sincero apretón, estarán juntas también, en un día más o menos lejano, unos momentos, y los corazones de sus propietarios inundados de felicidad y de alegría!

—[Si continúa usted hablando de ese modo—exclamó Clara deliciosamente sofocada—, se acabó la charla!

—[Mientras ves su hechicera imagen, mis labios no podrán emplear otro lenguaje!

—En tal caso me veré obligada a volver a mi rancho, situado en Piñón, antes de que regrese nuestro tío.

—¿A Piñón?

—Sí.

—[Allí iré yo, allí la seguiré yo como la sombra al cuerpo!... ¿La disgustará mi toxodex?

—No... En mi finca hay trabajo para un hombre joven, fuerte y laborioso.

—Pues yo seré uno de sus servidores y, además, un ferviente adorador... Y ¡ay del que se atreva a mirarla a usted de cierta manera, por ejemplo, como la miran mis ojos... porque conocerá el vigor de mis puños! Aunque sea un *cherif*! Aunque sea el sacerdote que a los dos nos ha de echar la bendición!

Esto diciendo, el guapo *cow-boy* estiró a reír de un modo tan sonoro, alegre y sincero, que Clara, como contagiada por aquella hermosa y franca alegría, rompió también en argentinas carcajadas.

Verdaderamente, no había conocido hasta entonces un hombre tan agradable y tan simpático como su desconocido primo.

Este se había puesto en pie y la linda muchacha, contemplando su

poterosa y armoniosa figura, se decía para sus adentros también que no sería cosa fácil hallar entre miles y miles de hombres quien le igualase en prestancia y arrogancia...

De pronto, el apasionado y rudo hijo del desierto que, dicha sea la verdad, se había enamorado con tanta vehemencia como rapidex de su seductora prima, la preguntó:

—¿No le parece, Clara, que habríamos de tutearnos? El hablarse de tú indica afecto profundo, confianza inflexible, amistad leal... y esos son mis sentimientos respecto de tu hechicera persona...

Muy seria y con su dulce voz algo velada por la emoción, repuso ella:

—Aceptado, pero con una condición!

—¿Aceptada esa condición! ¿Cuál es?

—La condición de hablar con amistosa confianza, como dos buenos parientes: pero con seriedad...

—No creo que puedan decir los labios de un hombre nada más serio que la promesa de querer fiel y eternamente a la mujer soñada y hallada!

—[Clara, prima querida y hermosa, te hablo muy en serio! ¿No me crees? ¿Quieres convencerte? ¡Recuéchame! En el Oeste incomparable, bajo el cielo sin igual que me vio nacer, he presenciado varias veces yo casamientos repentinos... Dos seres se han conocido, se han hablado y, prendados el uno del otro, en el mismo día que conocieron sus corazones la dicha de amar, unieron sus vidas con irrompible lazo...

«Pues bien; yo estoy dispuesto a nacer lo mismo... ¡Yo, si es que no te humilla y disgusta el amor que has encontrado en este *cow-boy* que te adora!...

Clara, sin dejarle terminar, exclamó divinamente sofocada y, digámosle de una vez, sobrehumana y dichosa:

—[Imposible, imposible soportar

una broma tan prolongada y pesada!

Esto diciendo, separóse con la presteza de una gacela, de su arrogante primo.

Este trato de alcanzarla en vano; y también espero inútilmente una hora que apareciese la radiante vi-

sión en poseer la cual cifraba todos los anhelos de su alma ardiente y brava.

Cuando extrañado de su tardanza empeñase en acudir a su lado, le dijeron que Clara había emprendido, sigilosamente, el regreso a su rancho.

II

El día siguiente, los moradores de Piñón vieron a un forastero bien plantado y de varón semblante, que, cruzando una ancha plaza, penetraba en cierto *bar*.

Era Gabriel Mason, cuyos pasos guiaba al mencionado establecimiento el deseo de averiguar dónde se hallaba situado el rancho de su adorada prima.

Pero apenas entró, el nombre de Clara pronunciado por un forastero y corpulento parroquiano, cuyo acento y brutal semblante medio ocultaba su sombrero gris de anchas alas, lo aconsejó guardar silencio y no darse a conocer.

—Regresó ayer—decía el cliente—y sólo estuvo en la población unas cuantas horas. A lo que parece fué a ver a cierto tío mío, tendero de profesión...; pero en realidad sólo Dios sabe a quién vería esa orgullosa y desdichosa muflaca...

«¡Apañado estará el infeliz que apechugue con ella!

—¿Qué mal pensamiento eres, John! No puedes hablar sin mordet!—observó el dueño del *bar*—. Yo creo que tus suposiciones sobre la más hermosa de nuestras mujeres son equivocadas. Clara Mason es tan bella como virtuosa...

El parroquiano lanzó una risotada, añadiendo:

—¿Y tú que sabes de eso, pajarraco?

—Sé que tú eres uno de los varios muchachos que se han prendado de esa linda mariposa... inútilmente. El despecho te hace hablar así...

—¿Pero quieres que te casque los huesos, majadero? ¿Desde cuándo te atreves a desafiarme mi cólera? ¿No sabes que Carlos Driscoll tiene las manos duras y prontas para abofetear al que le ofende? Por si lo has olvidado, ahora mismo vas a conocerme...

Pronunciadas estas palabras con una voz ahuecada y fanfarrona, el llamado Driscoll avanzó unos pasos hacia su contrincante con el rostro convulso de ira y ademán amenazador.

Pero se interpuso entre ambos la poderosa figura del forastero.

—¡Apártate usted!—rugió Driscoll—. ¡Déjame zurrar a ese he-
l loco!

—¡Ese hombre es una excelente y noble persona—replicó Gabriel con acento glacial—, y usted un desengañado y cobardo sujeto!

—¡Fuego del infierno! ¿Está usted loco?—bramó Driscoll, cuyo ombligo comenzó a arrugarse al ver clavados en los suyos los centelleantes ojos del desconocido.

Produjose entre los varios parroquianos que en el *bar* se hallaban una especie de tumulto.

Todos presenciaban con ávida curiosidad e intenso interés tan in-

esperado lance. ¿Cómo acabará esto?, se preguntaban.

La respuesta no se hizo esperar gran rato, pues Carlos Mason declaró con voz vibrante de cólera:

—¡Loco? ¡No lo estoy, miserable! Has insultado del modo más ruin a una mujer creyendo que nadie saldría aquí en su defensa, castigando, al mismo tiempo, la vileza... Te equivocabas, canalla! ¡Quietas las manos, porque antes de que pestañes una bala de mi revólver te encenderá los sesos! Y toma!

Su puño de hierro cayó como una maza sobre el execrable fanfarrón y ultrajador de honras ajenas, que se tambaleó, barbotando una maldición.

Pero antes de que tuviese tiempo de rehacerse, recibió unos cuantos puñetazos que lo hicieron rodar por el suelo como un pelele.

Gabriel Mason, inclinando su atlética figura sobre su vencido enemigo, añadió:

—Podría aplastarte el cráneo, malvado, y no sé por qué no lo hago! Podría machacarte los huesos, y juro machacártelos si esta lección no te sirve de escarmiento y enmienda.

—En lo sucesivo hablarás con el respeto debido de la virtuosa joven en cuya honra has querido burlar el ponzoñoso colmillo de la calumnia. ¡Me oyes, infame? ¡Sí, verdad? Pues, escucha bien lo que voy a decirte, y obedece sin chistar, si estimas en algo tu repugnante pellejo.

—Ahora mismo, en voz bien alta y clara, dirás que cuanto acabas de decir respecto de esa joven, de tan radiante hermosura como acrisolada virtud, es una monstruosa calumnia, un infundio vil.

—¡Confésalo! ¡Pronto! Porque mi mano anhela empuñar el revólver y matarte como a un perro.

Los ojos de Driscoll, desorbitados por el espanto, vieron que su formidable enemigo se sacaba el car-

retero y cinco y se lo encañonaba, y, convencido por la expresión de su sombrío rostro, por el centelleo de su mirada, de que cumpliría su amenaza, baltó con voz trémula de miedo:

—¡Confieso haber mentado, confieso haber hablado a impulso del odio!

—¡Quita allá, maldito zusano! —vociferó Gabriel, asestando un puntapié al calumniador, que profirió un rugido de dolor.

Y añadió en voz alta:

—¡Sepanlo todos! El que no respeta a Clara Mason como merece su honradez sin tacha, se expondrá a recibir un castigo con arreglo a mi ley... que es la del revólver.

—Ahora, ¿quién de ustedes quiere acompañarme al rancho de esa muchacha sin manilla?

Como el valor y la fuerza crean en seguida admiradores y amigos, fueron varios los clientes que, llenos de orgullo, se ofrecieron de guía.

Gabriel pasó una rápida mirada sobre ellos y extendiendo la mano hacia uno, respondió:

—Les doy las gracias por su amable cortesía, pero bastará cualquiera de ustedes, ese joven.

El aludido acercóse al valiente forastero y unos momentos después ambos galopaban en dirección del rancho de la hermosa Clara, cuya sorpresa al ver a su primo fué tan grande como su turbación.

No tardó en llegar a conocimiento de la guapísima y rica propietaria la noticia de lo ocurrido en el bar, con la cual la simpatía y seducción que sobre ella ejercía el guapo y valeroso cow-boy convirlióse en amor... en amor intenso,

agradecido y leal... siquiera sus labios habían de tardar algún tiempo en confesarlo.

Para sentirse y declararse conquistada del todo, su corazón exigía otras pruebas.

Entretanto, avergonzado y aporreado, Carlos Driscoll rumiaba pensamientos de venganza.

Dueño del rancho que lindaba con el de Clara, no le sería difícil ver cumplidas sus venenosos designios.

Contaba entre sus *cow-boys* con hombres dotados de indiscutible bravura. No se libraría, secundado por varios de sus rudos servidores, de aquel enemigo que le infligiera tan duro como humillante castigo? ¡Ah! Poco había de valer si dentro de unas días no atrapaba al hombre que más aborrecía su corazón en una celada.

Transcurrieron varios días sin que nuestro protagonista tuviese ocasión oportuna para imponer la terrible ley de que era autor, o sea la ley del revólver.

Carlos Driscoll no aparecía en parte alguna donde pudiera encontrar al hombre que de una manera tan rápida y humillante lo había vencido.

Pero su odio trabajaba en la sombra, y convencido de que el primo de Clara caería en la emboscada que él le prepararía, cuando alguien podía oírlo expresábase sobre su aborrecido enemigo con palabras exentas de rencor.

Así, por ejemplo, dos días después de la llegada a Piñón del formidable *cow-boy*, en presencia de un muchacho que el padre de Clara había abijado, porque los seres que le dijeran el ser habían fallecido dos años antes, Carlos Driscoll

se expresó incluso con elogio del forastero.

El huacheco, que era lo que se llama un vagal avispaño y vivaracho, al oír que el astuto ranchero hablaba de Gabriel, se acercó unos pasos, escuchando sin perder sílabas cuantas palabras pronunciaron los labios de aquel hombre, que tantos disgustos había dado siempre a su protector, o sea el presentador de Clara, que ya pasaba de la cincuentena y disfrutaba de una salud bastante precaria.

El tiempo le falta al pequeño Gona, que éste era el nombre de aquel *cow-boy* en miniatura, para referirle a Gabriel cuanto había oído.

— ¡Me haría más de un jaguar que de ese hombre, muchacho! — dijo nuestro héroe sonriendo con burla. — Pero se lleva chasco si ese hipócrita y cobarde anjelo imagina pillarme descuidado porque yo crea sincera y verdaderas sus palabras.

En aquel momento apareció el rico ranchero, y su valeroso sobrino enteróle de los elogios con que Driscoll se había expresado respecto de él.

— ¡Ten cuidado, muchacho! — le recomendó el padre de Clara. — Conozco bien a ese hombre y sé que es capaz de la peor felonía... ¡No te fíes de él, y piensa que máquina contra ti alguna infame traidor!

— ¡Estúmonos de acuerdo! — repuso Gabriel. — ¡Pero nada tema usted, querido tío! Aunque soy joven, combato a los hombres con sólo verlos una vez, y en cuanto a Carlos Driscoll sé a qué atenerme.

— Por ahora no demuestro tener malditas las ganas de medir sus puños y su coraje con los míos, pues ya ha dejado de concurrir al bar en que solía barbotar bravatas y amenazas contra todo el mundo...

— ¡Todos, menos la gentuza que lo rodea, le obedece y le sirve, se alegran de la lección que le da, y le elogia y le ensalza a ti con profunda admiración!

«Ya era hora de que ese valentón, suelen decir, encontrase la horma de su zapato...»

«Sin embargo, vuelvo a recomendarle que vivas alocado...»

—Por supuesto, y preparado siempre—afirmó Gabriel—a emplear la ley del revólver.

Durante unos cuantos días la vida en el extenso y féracísimo rancho de que era dueño el padre de Clara, no ocurrió nada que mereciera especial mención.

Gabriel considerábase el hombre más feliz del universo. Trabajaba con ardor y hacía trabajar a los demás. Su presencia entre el personal de la finca bastaba para que todos se atanasen en la tarea que cumplían, sin que ninguno de aquellos rudos y sudorosos campeones del trabajo pensara siquiera en rebelarse contra aquella dominadora

LA LEY DEL REVOLVER

Interpretación cinematográfica de los «ases» del Far-West



Gabriel amestrando a su can predilecto.

TOM
TYLER,
CHISPITA

y el perro

VIVALES



—¡Pronto se arreglará todo, querida prima!

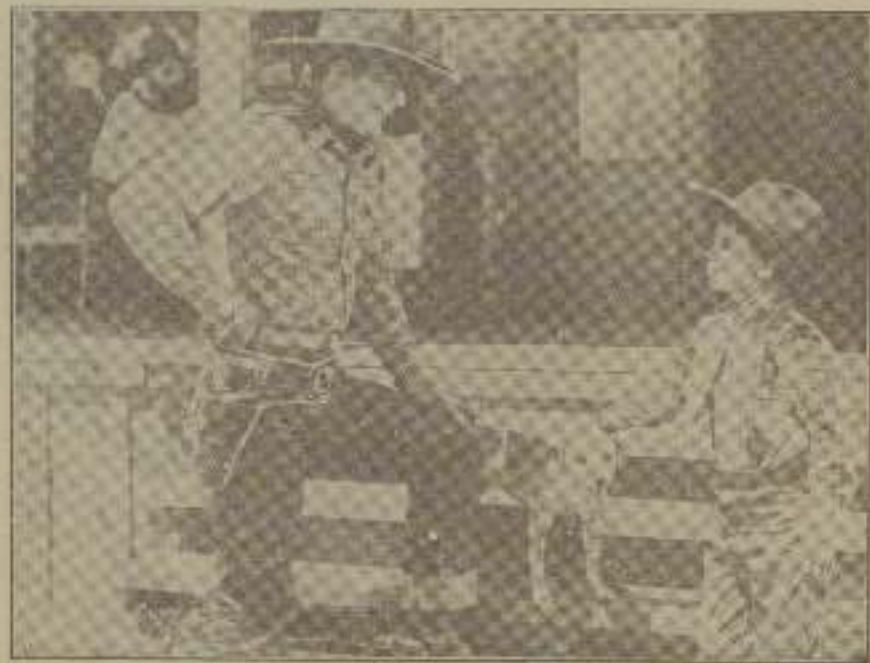
autoridad que ejercía el que ya era considerado como futuro dueño del rancho.

Por lo demás, el carácter campesino y afable de Gabriel, al mismo tiempo serio y enérgico, conseguía en los forrados *cow-boys* un intenso y sincero afecto.

III

Una semana después del episodio que hemos relatado, llamóle la atención a Gabriel ver en la lejía un pequeño grupo de hombres a caballo.

Se hallaba en aquel momento con su bechicora prima y la preguntó:



El tiempo le faltó al pequeño cow-boy...



—Tú también, pequeña, un día, metiéndote a la ley del revólver.

—¿Qué gente es aquella, Clara?
¿Son mozos de tu rancho?

—No; son servidores de Carlos Driscoll.

—¿Pero no pisan terreno tuyo?

—Creo que sí; pero mi vecino se ha empeñado en que esa tierra ya pertenece a su finca, y no hay manera de disuadirle de tan injusta pretensión.

—¡Vayamos a su encuentro!

—¡No, Gabriel!—se negó Clara, asustada por las consecuencias que podían derivarse de un altercado entre su primo y aquellos hombres, habituados todos a dirimir sus disensiones a tiro limpio.

Como si leyese su pensamiento, el indomable *cow-boy* la recomendó:

—Nada tomas! ¡Quédate tranquila! Iré yo solo a echar a esos hombres.

—¡Por Dios, Gabriel, no hagas eso!

Pero el valeroso mozo ya se había puesto en pie, diciendo con imperio:

—¡Quédate!

Clara, instintivamente, con esa innata sumisión que late en lo profundo del alma de la mujer hacia el hombre, no se atrevió a desobedecer y replicar.

Pero su silencio y obediencia se desvanecieron pronto y, poniéndose en pie, declaró:

—¡Iré contigo!

—No—dijo Gabriel con acritud.

—¡Quiero ir!

—Pero quizás, querida Clara, te falte coraje para presenciar lo que allí ocurra.

—¡Nada ocurrirá porque aquellos hombres, reconociendo mi razón, acatarán y respetarán mis derechos!

Una burlona sonrisa resplandeció en el serio y varonil rostro del *cow-boy*; encogióse de hombros y respondió:

—Esta tierra hermosa y fuerte, querida prima, produce hombres de carácter duro y sombrío, de pa-

siones ardientes e incontinentes e instintos rudos y primitivos...

«No hables en tono de censura y de reproche, porque yo también, como buen hijo del Oeste, soy un poco rudo, un poco salvaje, un poco primitivo...»

«¡Me conozco bien y conozco igualmente los hombres que me rodean! Y sé que estos hombres no acatan más derecho que el de la fuerza y no temen otra ley que la que representa este trozo de metal —y se golpeó el arma que pendía de la cadera—, o sea la ley del revólver.»

«¿Comprendes?»

La joven hizo un gesto afirmativo.

Un nuevo personaje interrumpió esta conversación. Era una linda muchacha que apareciendo en el porche del edificio, llamó:

—¡Clara!

—¡Magdalena!

Las dos mujeres se abalanzaron la una al encuentro de la otra.

La recién llegada tendría, año más año menos, la misma edad que la encantadora dueña del rancho y era hija de un propietario de la comarca cuyas fincas se hallaban a docenas de millas de las de su amiga...

Ambas se profesaban un afecto sincero. Magdalena, luego de cambiar efusivos abrazos y besos con Clara, fijóse en el arrogante *cow-boy*, que estaba en aquel momento hablando con varios servidores, los cuales se alejaron de él.

Gabriel quedóse paseando y pensativo.

—¡Qué *cow-boy* más bien plantado!—murmuró Magdalena al oído de su amiga—. ¿Verdad que da gusto ver un hombre así?

La ingenua y franca pregunta suscitó en Clara una sonrisa y un instantáneo sentimiento de vanidad y de placer.

—Es un primo mío... confeso.

—¡Ah! Qué hermosísima pareja formarán los dos!

Clara no podía apartar la vista de su primo: una congoja indecible oprimía su corazón, tratando en vano de sustituirla por un sentimiento de confianza y de coraje.

Y cuando vió que los *cous-boys* con quienes momentos antes conversara Gabriel regresaban con cinco caballos ensillados, obedeciendo a un irrefrenable impulso, precipitase hacia él gritando:

—¡Quiero ir contigo!

Aquel volvió su rostro severo y guapo, moviendo la cabeza negativamente.

Y en seguida dijo a uno de los rudos mozos varias palabras sin que las pudiese oír Clara, montó sobre su caballo y partió al galope, escoltado por tres vaqueros.

El que se había quedado, sombrero en mano, acercóse a su dueña, cuyo hermoso rostro alteraba una expresión de angustia, y la dijo:

—Su primo me ha encargado que la acompañe a usted, señorita.

—Pues vamos donde él va.

—No, señorita.

—¿Cómo no?—exclamó la bella ranchera frunciendo el ceño—.

¿Desde cuándo se me desobedece aquí a mí?

—Su primo me ha mandado que la acompañe a usted a un sitio en el cual no pueda sufrir usted daño alguno... ¡A un sitio algo apartado del en que él va!

—¡En marcha, en marcha!—exclamó la joven—. Tráeme mi *Negra*.

Se llamaba así su corcel predilecto.

Cuando estuvo sobre el lomo del noble animal, que pafaba y relinchaba de impaciencia, dijo a su amiga:

—Espera mi regreso, Magdalena; no tardaré en volver a tu lado, ¡el Dios quiere!

...

Unos momentos después ama y criado cruzaban unas oleras, dando un rodeo al monte cerca del cual se divisaba un compacto grupo de hombres; más allá se extendía la roja llanura del desierto, que parecía llegar hasta los confines del mundo.

Gabriel y sus tres *cous-boys* galopaban desenfrenadamente, dejando tras de sí una nube de polvo, acercándose con rapidez al sitio donde hablaban y reestriculaban Carlos Driscoll y su gente.

IV

La llegada produjo en éstos una especie de barullo y confusión.

Cuando estuvo a poca distancia, Gabriel echó pie a tierra y, plantándose delante de aquella gente, el cuerpo erguido, la mirada vigilante, el corazón bien templado y

los brazos levemente encorvados con las manos rozando los revólvers que colgaban de sus caderas, preguntó en voz alta:

—¿Qué hacéis aquí y quién os ha dado permiso para pisar un terreno que no es vuestro?

Su voz dominadora y bien timbrada resonó en medio de un silencio completo.

Nadie contestó a su pregunta.

Los hombres de Carlos Driscoll rodearon a éste y por la expresión de sus rostros y el siniestro fulgur que despedían sus pupilas, adivinó Gabriel las instrucciones que habían recibido.

— ¡Que nadie haga un gesto con el brazo, que nadie imagine siquiera que pueda empuñar su revólver antes de que un balazo del mío lo tire patas arriba!

Los tres *cow-boys* de nuestro protagonista, apenas fueron pronunciadas estas palabras, se situaron algo distanciados de su jefe, pero en línea recta.

Lo que significaba este sencillo movimiento lo sabían bien todos los hombres de Carlos Driscoll, pues originó entre ellos una especie de pánico, y algunos se alejaron y otros se escondieron tras unos matorrales.

Entretanto Clara, que ocupaba una pequeña cumbre lisa de matorrales y pinos, preguntaba al *cow-boy* que la acompañaba:

— ¿Qué sucede? ¿Qué hace Gabriel?

— ¡Por ahora no sucede nada! La cosa se pone, empero, muy fea... Pero su primo está sereno y temible! Se le teme y se le aborrece... ¡Ah! Se han puesto a su lado mis compañeros en línea de combate.

— ¡Reina de los cielos! Yo quiero impedir...

— ¡Tenga valor, señorita! No cometa usted ninguna imprudencia ni distraiga a su primo! ¡El más pequeño descuido podría costarle la vida a él!

— ¡Qué horribles momentos! — suspiró Clara—. ¿Qué hacen ahora?

El ranchero Driscoll se acerca a su primo... y le dice algo. Un mestizo que está a su lado brinca como un tigre... ¡Ah! ¡Soberbio

pufetazo! Su primo acaba de derribar de un manotazo al mestizo en cuya manga escondía un puñal.

Clara lanzó un grito ahogado, y no pudiendo reprimir su ansiedad, mostró su espléndido rostro en el preciso instante en que resonaba una detonación.

Gabriel Mason acababa de destrozarse de un balazo la mano de uno de los hombres de Driscoll, que empuñaba un revólver.

Luego su furiosa voz, que semejaba un trueno, rugió:

— ¡Largo todos de aquí, busaos, pelones sin agallas! ¡Pronto! ¡Largaos todos u os envío al infierno! Pero, ¡ay del que mueva un brazo! ¡Vile! ¿Acaso creáis ganarme la partida? ¡De la tierra que estáis pisando es dueño un tío mío, y de hoy en adelante el que no respete su buen derecho, conocerá la ley del revólver!

— Puesto que no queréis portaros como hombres, forzoso será que se os trate como a fieras! Un minuto os doy de tiempo para obedecer o para luchar, y que caiga el que caiga.

« ¡Muchachos, arma a la mano!

Oír estas palabras y producirse una desbandada general fué todo uno. Los hombres de Carlos Driscoll huyeron con igual pánico que los soldados cuando oyen el *al-largo* *quien pueda*.

Su primo ha vencido, señorita — dijo el *cow-boy* a Clara—. No ha vivido bajo el cielo del Oeste un hombre tan valiente ni vivirá en lo venidero.

...

Era verdad.

En el lugar donde acababa de ocurrir la escena que describimos no quedaban más que Carlos Driscoll, dos de sus hombres y el mestizo,

que no cesaba de quejarse y contemplar su mano diestra mutilada y ensangrentada.

—¡Es preciso que lleguemos a un arreglo amistoso y duradero, Gabriel Mason!—dijo de pronto Driscoll.

—¡Algo difícil va a ser eso!—repuso el primo de Clara—. Los hombres como usted son peligrosos por lo taimados y lo mismo que la planta venenosa es un peligro mientras no se la arranca de raíz, los hom-

bres como usted, Driscoll, hacen mal mientras viven.

Todo tiene remedio en este mundo, Gabriel Mason. Yo reconozco mis torpezas y abusos.

—¡Y volveré usted a las andadas en cuanto no se vea amenazado por la ley del revólver!—declaró con ironía el primo de Clara.

La llegada de esta puso fin a este diálogo, adoptándose acuerdos de concordia.

V

Esa concordia consistió en que un pequeño tasaje los terrenos motivo de las disensiones entre los dueños de los dos ranchos, y con arreglo a aquella tasación, pasarían a ser propiedad de Driscoll.

Pero he aquí que a todos los aguardaba una sorpresa inaudita.

El ingeniero llamado para que con arreglo a su ciencia y su conciencia emitiera su opinión, al examinar aquel suelo, o mejor dicho cierta porción de aquella tierra, no pudo menos de exclamar, rogando un puñado de ella:

—¡Pero, diantre... si este polvo parece aurífero!

La barahunda que estas pocas palabras suscitaron entre aquellos hombres, no es para describir.

Inmediatamente atronaron el espacio los gritos:

—¡Una mina de oro! ¡El polvo tiene oro! ¡Oro! ¡Oro!

Y, como atacados de repentina locura, todos los hombres, sin excluir al mismo Gabriel, se dispersaron en todas direcciones, corriendo como perseguidos por las furias.

Todos querían ser los primeros en registrar a su nombre la supuesta mina de oro.

Por los varios caminos, por los senderos y atajos corrían en veloces caballos *cove-hops* de todas edades y toda clase de gente...

¡Oro! ¡Oro!

Ah! La eterna ponzoña de las almas, una vez más iba a hacer correr la sangre en aquel apartado rincón de la tierra.

Gabriel Mason corría como un rayo en dirección de la ciudad, animando a su caballo a acelerar su ya vertiginosa carrera con palabras que hacían incoherente la fiebre del máspreciado de los metales que también a él le dominaba.

...

¡Oro! ¡Oro!

Salía este grito de ruidosas bocas y jadeantes gargantas, y quienes lo proferían barruntaban, con loca desesperación, que el cansancio los rendía.

Los miseros caían poco después, medio revoltados de fatiga, al borde del camino o en un abrupto sen-

doro, o el pie de un matorral, y en el silencio y las tinieblas de la noche, sus pechos gritaban todavía:

—¡Oro! ¡Oro!

No eran pocos los que, semejantes a soldados moribundos, que en la negrura y el desamparo de la noche, en la prodigiosa galería pictórica de su memoria ven la imagen santa de la mujer que les dió el sér, y sienten un convulso inefable gritando con quejumbrosos acentos:

—¡Madre mía!

No eran pocos, repetimos, los desgraciados cuyos cerebros inspirados por la fiebre y el delirio, veíanse a sí mismo dueños de pasmosas y

fantásticas riquezas, y también gritaban:

—¡Oro! ¡Oro!

Terribles y fulminantes dramas se desarrollaron aquella noche bajo aquel majestuoso y grandioso cielo cuajado de estrellas. La loca codicia de matar, unida a la infernal avaricia que se había adueñado de las almas, hizo levantar el brazo de Cain a más de un insensato que se afanaba en vano por pasar al que corría delante.

Gabriel se vió libre de estos horribles pensamientos, siquiera una vez más, en aquellas horas de frenético galopar, para defender su propia vida, estuviere dispuesto a recurrir a la ley del revólver.

VI

Apuntaba el alba cuando un hombre jadeante, de elevada estatura, cubierto el rostro de sudor y de polvo y manchado de barro el traje de *cow-boy*, llamaba con su potente puño a cierta casa de la población.

Su mano derecha empuñaba un revólver y sus ojos grandes y penetrantes adivinaban la rojiza neblina que flotaba en la atmósfera.

Al mismo tiempo, en la actitud de quien escucha, se quedaba inmóvil unos momentos.

—¡Nadie! ¡No viene nadie! ¡No ha venido nadie antes que yo! Y ¡pasa al cielo que no se presente nadie queriéndome arrebatarme lo que es bien mío... obligándome a emplear la ley del revólver.

Luego aporreó la puerta, cuya madera crujó bajo la violencia de sus golpes.

Abrióse un halcón y por encima

de la cabeza del viajero alguien preguntó:

—¿Quién es?

—¡Ahora usted pronto!

—¿Pero qué desea a estas horas?

—¡Registrar una mina de oro!

—¡Abra en seguida!

La palabra oro, de maravilloso y arrebatador poder, produjo instantáneo efecto.

Y Gabriel Mason unos minutos después se hallaba delante de un representante de la justicia que, con pulso firme y letra clara anotaba en un enorme libranco la propiedad de una mina de oro en Piñón a nombre de Clara Mason.

Cuando ésta supo que su adorado preso había renunciado a la inmensa riqueza que tan vez constituía aquella mina, sintió inundados el corazón y el alma por un amor, por una ternura, por un orgullo que niñez, enjuague de la tierra podría describir...

—¡Pero eso es tuyo, Gabriel! La mina te pertenecía y la has registrado a mi nombre, renunciando a ella.

—¡También es mío este corazón y mía toda la sangre de mis venas y te los daría a ti! ¿Dudas ahora de mi amor?

—¿Dudas? ¡Jamás mujer alguna

en el Este o en el Oeste, ha sido amada como tú demuestras amarme! Pero si mis labios pudieran expresar lo que siente mi alma... entonces... entonces...

Y sollozando de dicha, de amor y de ternura, Clara se refugió en los brazos de su adorador.

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

EL «GUAPO DEL RANCHO K.»

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. — Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de facha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

1. EL HURACAN DE TEXAS
2. CONTRA VIENTO Y MAREA
3. EL VALLE DEL MISTERIO
4. EL REY DE LOS JINETES
5. LOS PUÑOS DE TOM TYLER
6. LOS LOBOS DEL FAR-WEST
7. LA LEY DEL TORTAZO
8. EL CULPABLE
9. DE SEÑORITO A VAQUERO
10. EL «GAVILAN DE LA PRADERA»
11. LADRONES DE GANADO
12. EL VALIENTE
13. EL «PIRATA DEL DESIERTO»
14. EL CRIMEN IGNORADO

Se vende en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colección que usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 158 BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona